

Maria Carme Roca



En Barcino

Traducción de Josep Escarré

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Maria Carme Roca, 2020

Autora representada por IMC Agència Literària

© Traducción de Josep Escarré, 2020, por la traducción

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U., 2020

© de esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Mapas del interior: © Òscar Sarramia

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición: enero de 2020

Depósito legal: B. 26.789-2019

ISBN: 978-84-08-22172-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

*Para Isabel Rodà de Llanza, que conoce
tan bien el mundo romano.
Todo un honor y satisfacción que
comparta conmigo su sabiduría y amistad.*

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

Es verdaderamente terrible que la ignorancia y la presunción sean más fuertes que la sabiduría.

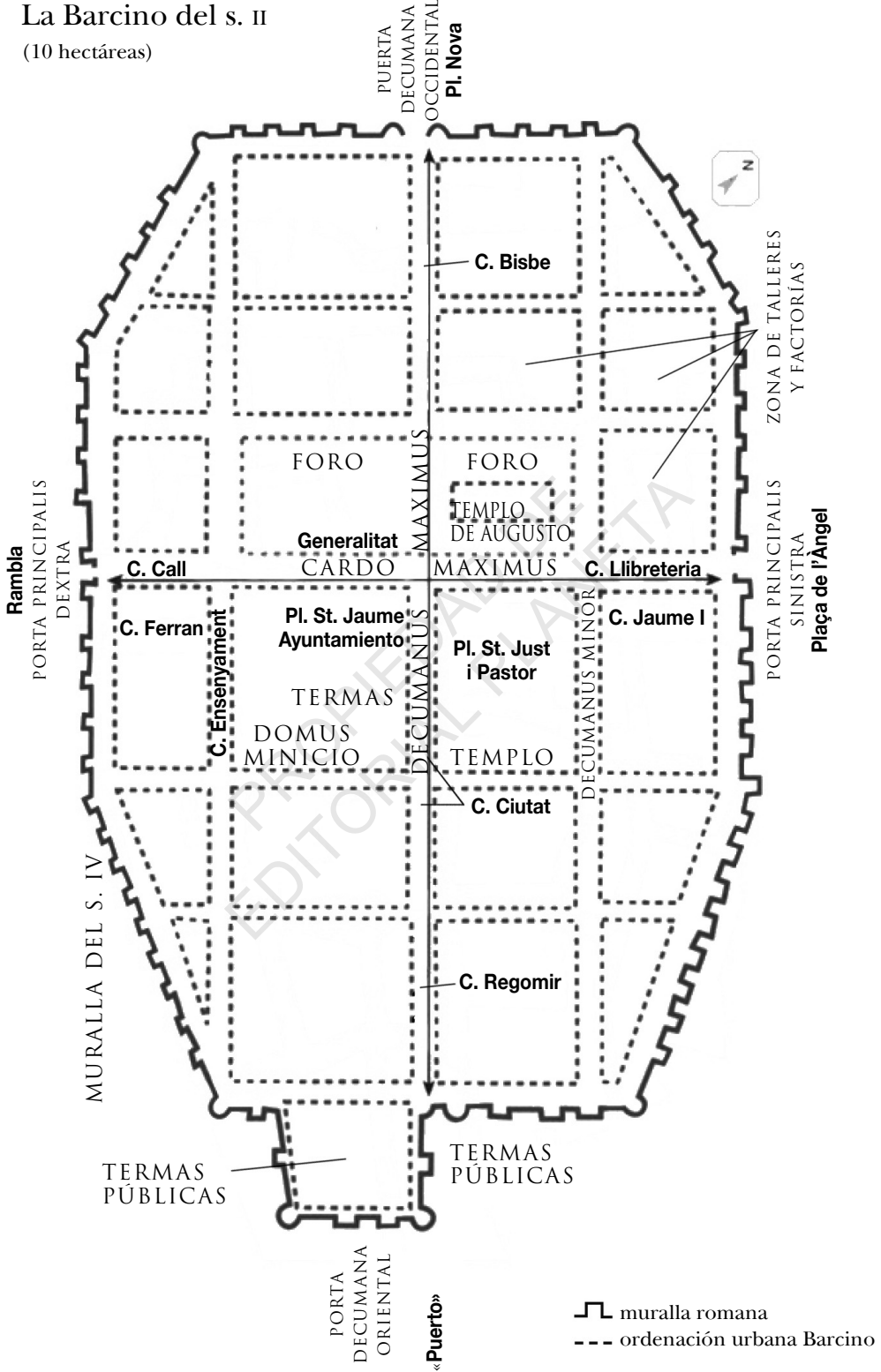
MARCO AURELIO,
Meditaciones, Libro V, 18

Cuando estés muy enfadado o impaciente, piensa que la vida es corta y que dentro de poco todos estaremos muertos.

MARCO AURELIO,
Meditaciones, Libro XI, 18

La Barcino del s. II

(10 hectáreas)



DRAMATIS PERSONAE

Los personajes históricos están subrayados.

Adriano (Publius Aelius Traianus Hadrianus): nacido en Itálica el 24 de enero del 76 d. C., murió en Bayas el 10 de julio del 138 d. C. Fue emperador del Imperio romano desde el año 117 hasta el 138 d. C.

Aulo Cornelio Vero: llamado familiarmente Cornelio. Nacido en el 106 d. C. Poeta. Primo hermano y muy amigo de Minicia. Hijo de Aulo Cornelio Palma *iunior* y de Vera, hija de Lucio Minicio Natal Quadronio Vero (L. M. N. Q. V.). Nieto de Aulo Cornelio Palma Frontoniano. Adoptado por Marco Annio Vero, senador y cónsul romano, y por Rupilia Faustina, hermanastra de Vibia Sabina, emperatriz, esposa del emperador Adriano.

Cayo Sulpicio Camerino: amigo de Lucio Cecilio Optato. Edil. Reside en Emporiae.

Calisto: esclava, *ornatrix* (peluquera) de Minicia.

Claudia: esposa de Cayo Sulpicio Camerino.

Clea: *nutrix* (niñera) de Lucio, hijo de Minicia y de Cneo Flavio Juliano.

Cneo Flavio Juliano *iunior*: nacido en el 124 d. C. Político. Marido de Minicia, hijo de Cneo Flavio Juliano y de Annia Marcia.

- Delia:** esclava de Minicia en la *domus* de Roma y Tibur.
- Dido:** esclava. Entre otros servicios, es la *ancilla a pedes* (encargada de la pedicura) de Minicia.
- Diomedes:** médico de la familia Minicio. Hijo de Aristides, también médico.
- Emilia:** nuera de Marco Pedanio.
- Erasmus:** esclavo, *vistiplicus* (especialista en vestir la toga) de Cneo Flavio Juliano *iunior*. Posteriormente lo será de Minicia, que le dará la libertad. Además de *atriensis* (mayordomo), *tricliniarcha* (*maître*)..., se convertirá en su amigo y confidente.
- Faustina minor** (Annia Galeria Faustina): Roma, 125-130? - Halala, 175. En la novela he optado por datar su nacimiento en el 130. Hija pequeña del emperador Antonio Pío y de Faustina *maior*, se casó con el emperador Marco Aurelio en el 145. En la ficción, amiga de Minicia desde que eran pequeñas.
- Félix:** nacido en Barcino en el 114 d. C. Comerciante de ostras. Hermanastro de Minicia. Hijo bastardo de L. M. N. Q. V. y de Kyrene cuando era esclava de la familia Minicio en la *domus* de Barcino.
- Félix iunior:** hijo de Félix y de Flora.
- Flora:** esposa de Félix.
- Cayo Valerio Avito:** en la ficción, hijo de Cayo Valerio Avito, *duumvir* de Tarraco en la época de Antonino Pío.
- Glauco:** esclavo, *villicus* de los Minicio en Roma y Tibur.
- Hagios:** preceptor de Minicia.
- Julia:** hija de Marco Pedanio.
- Junio Víctor:** centurión de la Legión VII Gemina Felix. Coincide con Lucio Cecilio Optato y Minicia en Emporiae.
- Kyrene:** liberta. Primer amor de L. M. N. Q. V. Madre de Félix.

Leiza: *bustuaria* (prostituta de cementerio) de Barcino, amante de Diomedes.

Lucio Cecilio Optato: nacido muy probablemente en el 120 en Bética. Centurión retirado en Barcino. Fue *duumvir* en varias ocasiones y dejó un legado en la ciudad. Amigo y amante de Minicia.

Lucio Cneo Flavio: nacido en el 157. Hijo de Minicia y de Cneo Flavio Juliano.

Lucio Minicio Natal Quadronio Vero (L. M. N. Q. V.): Nacido en Barcino en febrero del 96 d. C. Su *cursus honorum* es el más brillante de la Barcelona romana. Fue cónsul en el 139 d. C. y culminó hacia el 152-154 con el proconsulado de una provincia singular del Imperio: África proconsular. En el 129 d. C., cuando era pretor, ganó la carrera olímpica de cuadrigas durante la 227 Olimpiada.

Lucio: nieto de Félix.

Marco Aurelio (Marcus Aelius Aurelius Verus Caesar): Roma, 26 de abril del 121 d. C., y fallecido en Vindobona el 17 de marzo del 180 d. C. Fue emperador entre el 161 y el 180. Importante filósofo del escepticismo romano, autor de la obra *Meditaciones*. En la ficción, amigo de Minicia; compartieron las enseñanzas de Marco Cornelio Frontón.

Marco Pedanio: mercader dedicado a la producción y exportación de vinos. Amigo íntimo de L. M. N. Q. V. y, por extensión, de Minicia.

Máximo: liberto amigo de Félix y protector de Minicia.

Minicia Fausta: nacida en diciembre del 128 d. C. Hija de Lucio Minicio Natal Quadronio Vero y de Licinia Fausta. Esposa de Cneo Flavio Juliano *iunior*. Amiga y amante de Cneo Flavio Juliano. Cuando era muy joven fue amante de Teseo, de quien tuvo un hijo.

Quadronia: nacida en Baetulo. Esposa de Lucio Minicio Natal. Abuela paterna de Minicia. Madre de L. M. N. Q. V. y de Vera.

Quinto Licinio: primo segundo de Minicia. En la ficción, hijo de Quinto Licinio Silvano Graniano Quadronio Próculo.

Sabina: esposa de Quinto Licinio.

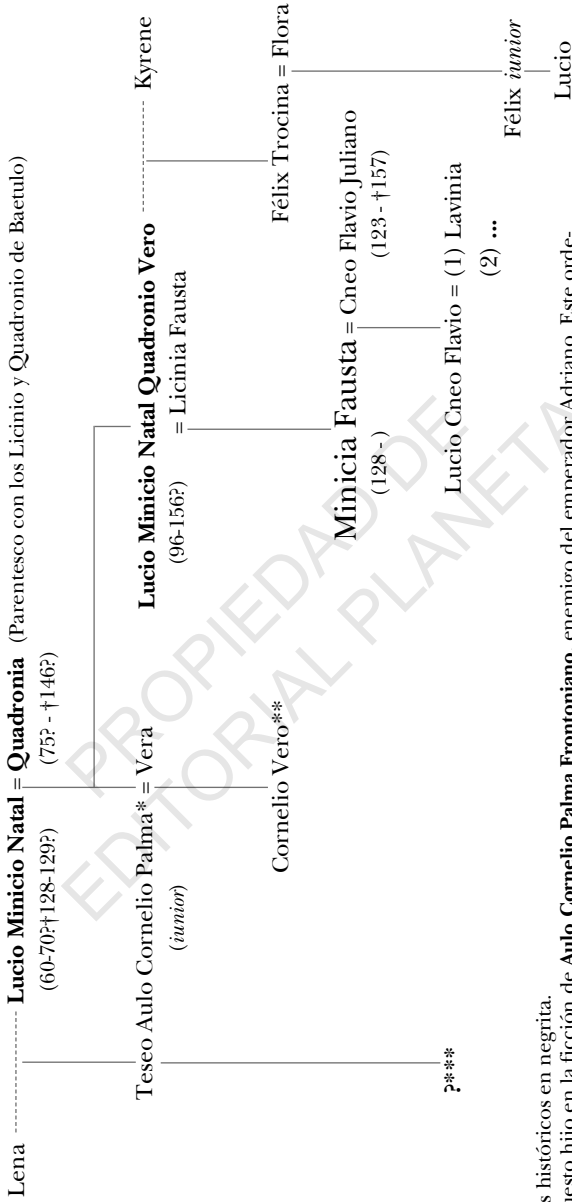
Teseo: dacio de nacimiento (95 d. C.). Auriga, gladiador, mozo de cuadra... Bastardo de Lucio Minicio Natal y de Lena, sobrina de Decéballo, rey de los dacios. Hermanastro de L. M. N. Q. V.

Thadea: liberta de los Minicios. Ejerce de *atriensis* (ama de llaves) en la *domus* de Barcino.

Zama: sacerdotisa de origen dacio.

Zenobio: esclavo de Minicia en Barcino.

LOS MINICIO



Personajes históricos en negrita.

* Supuesto hijo en la ficción de **Aulo Cornelio Palma Frontoniano**, enemigo del emperador Adriano. Este ordenó su muerte en el 117 cuando subió al trono.

** En la ficción, fue adoptado por **Marco Anni Vero**, *praefectus urbis* (el juez más importante) de Roma y cónsul en tres ocasiones. Era esposo de **Rupilia Faustina**, hermanastra de **Vibia Sabina**, emperatriz, esposa del emperador Adriano.

*** El lector deberá leer la novela para desvelar su identidad.

UNOS BREVES APUNTES

La novela comprende, principalmente, la segunda mitad del siglo II, cuando el Imperio romano alcanzó el punto álgido de su historia y, al mismo tiempo, apuntaba ya su decadencia, porque después de Marco Aurelio, el último de los llamados «emperadores buenos», nada volverá a ser igual. Ya lo afirmó el historiador británico Edward Gibbon, uno de los más influyentes de todos los tiempos, que del año 96 al 180 d. C. fue un período en el que la condición del género humano disfrutó de la máxima bienaventuranza y prosperidad. Un tiempo que va desde la muerte del emperador Domiciano, seguido por Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, hasta llegar al acceso de Cómodo al trono.

Durante aquella época, Barcino, la colonia creada en el siglo I a. C., continuó expandiéndose y, poco a poco, se fue consolidando. Hay que tener en cuenta que su territorio no comprendía solo el espacio encerrado entre murallas, ya que fuera de ellas, en la zona conocida como «suburbium», se instalaron diferentes centros de producción artesanal de cerámica y metalúrgicos. Que la tierra circundante fuera fértil contribuyó a la actividad agrícola y a la presencia de las *villae* que la explotaban.

Aunque la colonia aún seguía evolucionando a la sombra de Tarraco, ya mostraba unas singularidades que hicieron crecer la rivalidad entre las dos ciudades.

En Barcino, si en la primera parte del siglo I Lucio Minicio Natal Quadronio Vero, conjuntamente con su padre, Lucio Minicio Natal, contribuyó a hacerla visible en el mundo, en la segunda, un centurión, Lucio Cecilio Optato, que no era de Barcino, pero que se retiró allí, continuó dotándola del dinamismo que siempre la ha caracterizado.

Con los datos actuales, en Cataluña se podían contar unas veinte ciudades en el momento de plenitud de las dinastías Julio-Claudia y Flavia. Parece ser que Barcino fue la ciudad más activa durante los siglos I y II, y creció fuera de las murallas. Desde su fundación contó con un centro monumental, un recinto fortificado poligonal y una red de alcantarillado. El suministro de agua estaba asegurado gracias a un acueducto que tomaba las aguas de mina a la altura de Montcada y otro que las tomaba de la sierra de Collserola. Gozaba de un foro, de un templo dedicado al culto imperial, de termas (una de ellas obsequio de los Minicio), de baños públicos, de un edificio dedicado a los sevires augustales (*aedes*) y de establecimientos como las *fullonicae* y las *tinctoria* (lavanderías y tintorerías), pequeñas industrias representativas de una ciudad muy activa. Sin duda alguna, las mejores ostras y el mejor *garum*¹ se encontraban en Barcino, y que a pesar de que la ciudad no tenía puerto tal como lo entendemos ahora, contaba con un fondeadero que permitía la actividad y el tráfico marítimo.

Se ha especulado sobre el hecho de que tal vez tuvo un

1. Salsa de pescado elaborada con vísceras fermentadas que se dejaban secar al sol.

teatro y un circo, pero no hay suficientes pruebas para afirmar su existencia.

En una novela histórica, los personajes reales son el puntal, el punto de referencia de la acción —el lector se encontrará con el centurión Lucio Cecilio Optato, con el emperador Marco Aurelio o su esposa Faustina—, mientras que los de ficción moverán los hilos a conveniencia del argumento.

La conductora y protagonista de esta historia es un personaje de ficción, Minicia, hija de un personaje histórico y de nuestra tierra, Lucio Minicio Natal Quadronio Vero, que protagonizó la novela *Barcino*. No se tiene noticia de que L. M. N. Q. V. tuviera ningún hijo, pero tal vez sí tuvo una hija que podría haber sido la Minicia de la novela. El lector podrá leer independientemente ambas historias, pero, si ha leído la primera, encontrará relación entre ellas.

En la novela, narrada en primera persona, Minicia cuenta la historia cuando es anciana, de acuerdo con lo que su memoria le evoca, como hacen las personas mayores, que saltan de un tema a otro.

En esta novela he querido dar voz a las mujeres de manera directa. En una sociedad patriarcal como la romana, ellas solo aparecen como consortes. Salvo algún grupo reducido como el de las vestales, las mujeres no tenían importancia; basta con observar que, generalmente, solo tienen un nombre (o un nombre compuesto), como los esclavos, mientras que ellos, los hombres, disfrutaban del *praenomen*, el *nomen* y el *cognomen*. Y en este aspecto hay que decir que el hecho de que la variedad de *praenomen* fuera tan escasa (solo doce nombres) dificulta la singularización.

En cuanto a las mujeres, aunque sobrevivieron (y deben hacerlo todavía) dentro de una sociedad dominada por los

hombres, ellas, de manera indirecta y sutil, hicieron notar su presencia y su influencia. La discreción y la paciencia (esperar el momento oportuno era una apuesta ganadora) eran dos aliadas valiosas que, si las mujeres sabían emplear con sabiduría, podían hacer tambalear el imperio.

Minicia no lo tendrá nada fácil, porque es sincera e impetuosa. Que quiera ir a su aire y tenga gustos estrafalarios para una mujer (monta a caballo como el mejor jinete, lee, escribe...) la pondrá en situaciones muy complicadas. Y menos mal que, a pesar de la distancia que los separa, cuenta con la protección de Marco Aurelio y, por supuesto, de Lucio Cecilio Optato.

El mundo romano, con sus grandes virtudes, defectos y carencias, es apasionante. Y nuestro, porque forma parte de nuestro legado. El de Marco Aurelio será *Ta ios heauton* (Τὰ εἰς ἑαυτόν, Pensamientos para uno mismo), una obra filosófica de acuerdo con las ideas estoicas escrita al final de su vida que, en cierto modo, se puede considerar un libro de autoayuda, ya que aporta pautas de comportamiento que pueden contribuir a mejorar nuestra existencia.

De hecho, «en ninguna parte puede el hombre hallar lugar más tranquilo ni más libre de ocupaciones que en su propia alma». (*Meditaciones*, Libro IV, 3).

INTRODUCCIÓN

BARCINO, 153 D. C.

Hace muchos años que empecé a morir. Mi alma se desgarró por la mitad, y en el transcurso del tiempo solo he conseguido remendarla. Si he podido sobrevivir con los zurcidos es porque mi cuerpo ha gozado siempre de una salud insultante; él ha sido la firme coraza que ha protegido el corazón malherido.

Aquella tarde, porque no tengo ninguna duda de que fue aquella plácida tarde de un otoño templado, oré con fervor a las tres *Parcae* para que cortaran los hilos de mi existencia, pero, lejos de utilizar las tijeras, ellas la han prolongado hasta convertirme en una anciana que aún tardará en subir a la barca de Caronte.

Nada hacía prever que yo deseara morir, ni las circunstancias que, equivocadamente, creía que me eran favorables, ni mis pletóricos veinticinco años que me faltaba poco para cumplir. Era fuerte, contaba con el escudo de pertenecer a una buena estirpe y creía haber borrado las huellas de un pasado reciente que quería olvidar. Pero Clementia no tuvo piedad y Momus debía reírse de mi posterior desconsuelo. Lo peor es que no se lo puedo reprochar. Si quiero ser honesta conmigo misma, tenían razón, una por ser inclemente y la otra por burlarse de mí. A re-

gañadientes, porque me vi empujada a ello, había sido una buena discípula de Fraus, sirvienta de Mercurio; había destacado urdiendo una red de mentiras cuyo objetivo había sido proteger a mi padre de la verdad. Él, Lucio Minicio Natal Quadronio Vero, de la tribu Galeria, que había alcanzado la alta dignidad de ser gobernador del África proconsular después de haber sido gobernador imperial de la provincia de Mesia, curador de los edificios públicos y de los templos, cónsul, curador de la vía Flaminia y prefecto del abastecimiento, legado *augusti* de la Legión VI Victrix, pretor, augur, tribuno de la plebe, cuestor y legado en Cartago, tribuno de tres legiones: Legión I Adiutrix en la Dacia, Legión XI Claudia en la Mesia y Legión XIV Gemina en Pannonia, triunviro monetario... Él, que había ganado la carrera de cuadrigas en la 227 Olimpiada. Aquel hombre, tan insigne y respetable, descubrió que tenía una hija ignominiosa, su amada Minicia —por la divina Minerva, sé lo que me había llegado a querer—, una hija que le había traicionado con el más indigno y perverso de los humanos: Teseo.

Mi pobre padre nunca, ni en la peor de las pesadillas, se habría podido imaginar que aquel antiguo esclavo, el hombre que le había mortificado toda su vida desde que eran unos niños, la sombra funesta que le había perseguido de manera enfermiza, el individuo que había pretendido usurparle el puesto, el nombre y a su propio padre, el abuelo al que no conocí; aquel monstruo que había engañado, pervertido, coaccionado, asesinado... No, no se podía imaginar que había sido mi amante.

Por la tríada capitolina que nunca me lo perdonaré. Pero en mi desagravio debo decir que yo no sabía, de verdad que no lo sabía, que aquel hombre por quien me dejé seducir era él, Teseo, aunque entonces no se hacía llamar así.

En cuanto lo supe, por supuesto que intenté ocultarle a mi padre aquella relación, pero no lo conseguí.

Aquella tarde que empecé a morir, cuando Thadea, la liberta que gobernaba nuestra *domus*, me anunció que mi padre venía a verme, además de sentir una inmensa alegría pensé que venía para darme su pésame: hacía unos meses que yo había perdido a un hijo, un bebé que nació unas semanas antes de que se cumpliera el tiempo de gestación. No habíamos tenido ocasión de vernos antes, porque cuando le comuniqué que estaba embarazada, él, al cabo de poco tiempo, partió a Cartago para ocupar su cargo de prócónsul.

El niño que perdí, que habría constado como hijo legítimo de mi marido, Cneo Flavio Juliano..., no, no era de Teseo, porque este hacía ya cinco años que había muerto. Pero cuando yo tenía veinte años, cuando era su amante, sí me había quedado embarazada de él, muy poco antes de que se suicidara. Puede parecer enrevesado, pero no lo es, solo es digno de una tragedia de Marco Pacuvio.² Y vulgar, muy vulgar.

Pasados cinco años, cuando creía que todo estaba muerto y enterrado, difícilmente podía pensar que la verdad, terca y resentida, quedaría en evidencia, desmontaría aquel tiempo preñado de mentiras, alianzas y componendas que me había esforzado por ocultar en el más profundo de los olvidos.

A menudo he pensado que a Juno, tan digna ella, no le debía gustar que me trasladara a Barcino, que me instalara en la casa de mis ancestros. Los dioses del hogar tampoco

2. Marco Pacuvio (Bríndisi, 220 a. C. - Tarento, 130 a. C.), autor trágico romano considerado el más importante de la época republicana.

podían aceptar de buen grado la presencia de quien había traicionado el linaje de los Minicio, la estirpe que tanto había hecho por Barcino, una ciudad que, aunque a veces parece gobernada por los libertos, que actúan como si fueran sus dueños, lo cierto es que, con cada día que pasa, crece y se reafirma como un punto clave del Imperio.

Aquella tarde, en cuanto vi el rostro de mi padre ya preví un descalabro. La manera como entró, acompañado de su guardia personal... No era un padre que va a visitar a su hija, era un soldado que irrumpía en un hogar dispuesto a arrestar a alguien o a dar algún escarmiento.

Yo, que estaba sentada en un banco del peristilo³ mientras intentaba deshacer un nudo de una cadenita de plata, me levanté dando un brinco, unos breves, brevísimos instantes de alegría que se disiparon enseguida cuando capté su actitud hostil.

—Padre...

No permitió que me acercara. Su brazo derecho levantado indicándome que me detuviera me frenó.

—Solo quiero saber si es verdad —me espetó sin ningún preámbulo, clavando sus ojos en los míos.

¿Qué decía? ¿Qué me preguntaba? De verdad que en aquel momento no tenía ni idea.

Recuerdo aquellos instantes de incertidumbre que se me hicieron eternos.

—No finjas estar sorprendida —añadió—. Quiero saber, escuchar de tus labios si fuiste amante de Teseo.

¡Oh, era eso, era eso! La verdad que flotaba, vengativa. Lo que tanto había querido evitar arremetía contra mí con la fuerza de un temporal. Hubiera querido que me tragara

3. Patio interior rodeado de soportales.

la tierra, que el Averno me arrastrara hasta lo más profundo de sus entrañas. Quería morirme.

Las palabras no salían de mi boca, la respuesta no era tan simple. Insistió y yo musité «Sí, pero...».

—Déjame que te lo explique... —añadí, y antes de que pudiera evitarlo, me postré a sus pies abrazándolo por las rodillas y mojado su toga con las lágrimas que no podía ni quería contener.

Me apartó con brusquedad, pero no me levanté del suelo: de rodillas, en aquella actitud de máxima sumisión, le quería implorar el perdón.

—¡Yo no sabía que era él, no lo sabía! Padre, debes creerme —dije levantando la vista, mirándole a los ojos, pidiendo una clemencia que mi orgullo nunca me habría permitido suplicar.

—Y han tenido que pasar cinco años para que me entere, y no por ti —afirmó muy dolido.

—¿Cómo querías que te dijera algo tan terrible?

Dio un paso atrás, atenuando la tensión.

—Me habría enfurecido —me respondió—, es cierto, pero te habría entendido, porque he sufrido en mi propia piel sus trampas y sé de lo que era capaz.

—No te puedes imaginar lo que he sufrido...

—Deberías haber acudido a mí de inmediato... ¿Cuándo te he fallado, di?

—Nunca, nunca. Pero no quería afligirte, sabía lo que Teseo representaba para ti. Acababas de batirte con él en el circo Máximo en una carrera de cuadrigas, él acababa de suicidarse, ¿cómo querías que...?

Confiado en que se había calmado un poco, me incorporé e intenté acercarme de nuevo a él —¡oh, dioses, cómo necesitaba su abrazo!—. Pero volvió a apartarse como si yo fuera la más pestilente de las leprosas.

—Y te resultó más fácil huir a Barcino acompañada del bastardo que llevabas en tu vientre.

¿Cómo sabía que me había quedado embarazada de Teseo?

—Eso también es verdad, ¿no?

—Sí, pero...

—Sí, pero, sí, pero... ¡No sabes decir nada más! —exclamó airado.

—Me deshice de él... No quería ese hijo.

Hizo una mueca que mostraba una mezcla de sarcasmo y asco.

—O eres una mentirosa o una inepta.

¿Qué me decía?

Mi cara de tonta debía dejar patente la segunda opción.

—Tu bastardo crece sano y fuerte.

No, no era posible. Y me lo decía con ironía, con voluntad de hacerme daño. Oh, dioses, mi padre no era así.

—No te preocupes, no le diré nada al cornudo de tu marido.

Mi marido... Esta es otra historia.

—¿Sabes? —continuó—: Me he esforzado para que el Senado valorara su *cursus honorum*, para que se vaya abriendo camino en los cargos políticos. Siempre he velado por vosotros.

Lo que decía era importante, pero en ese momento yo solo tenía en la cabeza lo que había dicho sobre el hijo de Teseo, mi bastardo.

—Padre... ¿Dónde está ese niño? ¿Qué sabes de él? Por favor, padre, por la memoria de mi madre, de tu...

—¡A ellas ni las mientes! —gritó—. ¡No te atrevas ni a pronunciar su nombre! ¡No manches su recuerdo, ellas eran mujeres decentes! Te acostaste con el hombre al que

odiaba, te quedaste embarazada... Y todo con tu beneplácito, ¿verdad? No es necesario que me lo digas, ya sé que violar a las mujeres no era su estilo. Nunca podré comprender que cayeras tan bajo, porque por mucho que ocultara su identidad nunca pasó de ser un auriga, un gladiador o un mozo de cuadra. No tienes dignidad.

El odio que exudaba hacia mí me hirió más que la más mortal de las puñaladas. No era él, nunca había visto a mi padre de esa manera.

—... ¿Que dónde está, preguntas? —continuó mientras se acercaba al estanque que hay justo en el centro del *viridarium*,⁴ donde se mecen los juncos y los nenúfares. Lo recorrió con la mirada, indolente, con las manos entrelazadas en la espalda.

Yo le seguía en silencio, atenta a todo lo que pudiera decir.

—Si te querías deshacer de él, tenías que haberte asegurado de que así fuera —remachó.

Y antes de que pudiera explicarle cómo ocurrió, añadió:

—Y este hijo que dices haber perdido hace unos meses... ¿Siempre que perpetras alguna indecencia tienes que venir a Barcino? Porque... ¿Qué haces aquí? Deberías estar en Roma con tu marido.

Mi marido... Ya he dicho que esta era otra historia, que si podía obtener la comprensión de mi padre, tal vez se lo explicaría.

Le pedí que me dijera qué sabía, qué le habían dicho y quién se lo había dicho, que, por favor, me perdonara, que, al fin y al cabo, lo había hecho para que no sufriera, que para mí era mucho más fácil haber contado la verdad.

4. Jardín. En ocasiones también puede ser un bosquecillo integrado en la vivienda.

—Lo siento, lo siento mucho, daría lo que fuera para que no hubiera ocurrido —musité en un susurro casi inaudible, pero que no dudo que él escuchó.

Volvió a echar un vistazo a su alrededor, ignorándome.

—Entra en casa, por favor —le dije pensando que eso podría ser de su agrado.

No me respondió, parecía decidido a hacer algo. Caminó un poco. Se detuvo unos instantes y se agachó. Pasó la mano derecha por encima del mosaico del suelo, allí donde limitaba con una valla baja de cipreses que yo había ordenado redondear. Con la punta de los dedos recorrió las teselas del extremo. Parecía estar buscando algo. En un punto concreto, apartó la hierba y la tierra con las manos y descubrió una pequeña cavidad. Lo había hecho con rabia e hizo saltar algunas teselas del reborde del mosaico. Del interior del agujero sacó una cajita que escondió en un pliegue de la toga.⁵

No me atreví a preguntar qué había dentro. De hecho, tardé muchos años en enterarme de su contenido.

A continuación se levantó con energía y se dirigió a uno de los miembros de su escolta, que esperaba a cierta distancia. Le cogió el *gladius*⁶ y se dirigió hacia mí.

Estaba preparada; aceptaba de buen grado la muerte si venía de su mano.

Pero no, solo me apartó, y con rabia golpeó un *oscillum*⁷

5. La toga, el vestido del ciudadano romano. Si se colocaba con habilidad, alguno de los pliegues podía usarse como bolsillo.

6. Espada. De origen celtíbero, fue utilizada por las legiones romanas del siglo III a. C. al III d. C.

7. Ornamento que se colgaba en los jardines de la rama de un árbol, entre columnas... El viento lo hacía oscilar provocando un ruido agradable, y la luz del sol reflejaba en él distintas tonalidades.

de mármol finamente tallado que colgaba de una de las ar-
cadas del peristilo. Lo hizo repetidamente hasta que logró
que se cayese al suelo.

Iba a preguntarle por qué lo hacía; sabía que le gusta-
ban mucho esa clase de ornamentos que se movían con el
viento musicando el espacio, pero me mordí la lengua al
recordar que los *oscilla* le evocaban a Teseo.

Devolvió el *gladius* al escolta. A él y al resto de su séqui-
to armado les hizo un gesto indicándoles que tenían que
irse. A continuación se dirigió a mí:

—Aunque de puertas afuera y a efectos prácticos todo se-
guirá como antes, para mí ya no eres mi hija —sentenció.

Un nudo de impotencia me oprimía la garganta y me
impedía decir nada. Él, sin embargo, continuó:

—A pesar de todo... Que los dioses te sean propicios,
Minicia Fausta —me dijo a modo de despedida—. Mientras
ese bastardo y los sicarios que cuidan de él vivan, los nece-
sitarás.

Mi padre solo se dirigía a mí con mi nombre completo
en ocasiones solemnes o cuando me regañaba.

«Oh, divina Minerva, diosa de la justicia verdadera, no
puedes permitir que se vaya así», musité.

Fui tras él hacia el atrio, pero la guardia que le acompa-
ñaba me cerró el paso y a punta de *gladius* me obligó a vol-
ver al peristilo. Tenía que haber permitido que me atrave-
saran, pero aquel extraño sentido de supervivencia me hizo
retroceder.

Aun así, grité como una loca con la intención de que
desde fuera él escuchara mis gritos; quizás pensaría que me
habían matado y volvería. Yo, entonces, ya había perdido el
juicio y, como decía al principio, parte de la vida.

Al oírme, los esclavos, que hasta entonces se habían

mantenido discretamente a distancia, vinieron alarmados a auxiliarme. No tengo ninguna duda de que al día siguiente, por todo Barcino, se debía haber propagado la voz de que el ilustre Minicio y su hija se habían peleado.

—¡Fuera, fuera todos! —ordené.

Thadea acabó de persuadirlos, sabía que en aquellos momentos necesitaba soledad.

Estaba sola, sí. Sin mi madre, que había muerto cuando era muy jovencita, y sin la abuela Quadronia, que había dirigido mi educación; no tenía a nadie que enderezara mis pasos. Lejos de mi querido primo Cornelio y de mi amigo Marco Aurelio, el que ocho años más tarde sería emperador, me había quedado huérfana de protección.

Mi marido... Sí, lo tenía a él, pero en ese momento estaba en Roma. Y mucho mejor que fuera así.

Me desplomé voluntariamente en el suelo y me revolqué como una bestia herida, como un perro rabioso. Arrañando las teselas con la intención de arrancarlas del mosaico, me rompí parte de las uñas. La sangre brotaba de mis dedos; me los pasé por la cara, cubriéndomela de polvo ensangrentado. Enloquecida, presa de las Furias, rompí la *stola*⁸ y la túnica que llevaba debajo sin importarme que uno de mis pechos quedara al descubierto.

Gritaba y gemía como nunca lo he hecho, ni siquiera cuando he parido.

—¡Plutón, cobarde, ven a buscarme!

Boca arriba, volví la cabeza y vi que tenía a mi lado el *oscillum* caído. Lo cogí y lo miré con atención. Uno de

8. Vestidura de una sola pieza, con muchos pliegues y larga hasta la altura del tobillo, que se llevaba encima de una túnica suelta y que se ceñía a la cintura, parecida a la que vestían los hombres.

los bordes podía ser lo bastante afilado como para seccionar mi yugular. Anocheceía. El crepúsculo sería testigo de mi fin.

Oí unos pasos. Por unos instantes me ilusioné pensando que era mi padre que volvía. Pero no, era Thadea, alma hermosa donde las haya, que se agachó y me cubrió con una fina manta de lino.

—La señora va a coger frío —me dijo al oído, alejando el *oscillum* de mí mientras me envolvía y me incorporaba un poco.

Me dejé mimar por su abrazo. Entre sus brazos, la ira fue perdiendo fuerza como la ola cuando llega a la orilla y se diluye sobre la arena.

Como una niña pequeña y desvalida que ha encontrado quien la cuide, me dejé llevar por ella hacia el interior de casa. En silencio.

PRIMERA PARTE



DE AMISTAD Y DE COMPAÑÍAS

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

BARCINO, 180 D. C.

*Minicia Fausta Cornelio Vero S. D.⁹**Querido Cornelio:*

Me has hecho feliz. Muy feliz. No te puedes llegar ni a imaginar cuánto me ha gustado tu envío. Recibir los escritos de nuestro amigo Marco Aurelio ha sido un bálsamo sanador que mitiga un poco su pérdida. Hace casi cinco meses de su muerte, y seguro que a ti te preocupa lo mismo: ¿Qué pasará ahora con el Imperio? ¿Qué hará el necio de su hijo? He tratado poco a Cómodo, pero la primera vez que le vi me bastó para captar que tiene la mirada sucia.

Soy demasiado mayor para que la vida me sorprenda, y más aún con cosas buenas, pero ayer me animé. Me he pasado toda la noche leyendo y releendo a la luz de una lámpara. Me llena de orgullo que parte de estos pensamientos los hubiera compartido conmigo. Ya hemos hablado de ello en otras ocasiones, ha sido todo un privilegio.

Me hubiera gustado saber vivir como él creía que había que hacerlo, tomarme las cosas como vienen, ya que luchar contra las adversidades que no podemos evitar es absurdo, inútil. «Entrégate voluntariamente a Cloto y permíteme que teja tu destino como quiera»,¹⁰ afirmaba siempre. Y cuántas veces me habrás dicho tú

9 *Salutem dicit* (envía saludos).

10. *Meditaciones*, Libro IV, 34.

también lo mismo. No sé si alguna vez te he reconocido, Cornelio, que siempre me has aconsejado sabiamente. A menudo pienso que, en lugar de ser mi primo, parece que seas mi preceptor.

Me contabas en la carta que temes que de la obra de Marco Aurelio se apropien manos indebidas. Estoy completamente de acuerdo contigo, debemos proteger su legado y preservarlo para las generaciones futuras. Me imagino que Cayo Aufidio Victorino¹¹ será uno de los que se ocupará de ello, pero no estará de más que nosotros también lo hagamos.

Hoy mismo hablaré con un librarius de confianza para que mande hacer una copia para mí. Y haré un seguimiento estricto de ella, porque no querría ver su obra malvendida en el foro de Barcino. Ya sabes que hay mucha gente que urde un montón de tejemanejes aprovechándose del trabajo que han realizado los autores. Por supuesto, le indicaré que utilice el mejor material. Quizás me olvide del papyrus y encargue al copista que escriba sobre pergamena, ya que es más consistente y duradero. Esta opción me resultará mucho más cara, pero quizás merece la pena.

En la carta también te interesas por mí, me preguntas cómo me encuentro.

Ya puedes imaginártelo. Vivo con una inquietud constante, temiendo que, cuando menos me lo espere, ocurrirá una desgracia, y sin recursos para poder evitarla. Hace tantos años que convivo con la inquietud... No temo por mí, sabes muy bien que mi obsesión, mi objetivo principal en la vida es preservar la de Lucio, mi hijo, el de verdad, el único que me queda vivo, porque el otro, el que tuve con Teseo, no lo considero hijo mío. Es muy triste constatar que mi enemigo más importante es el ser que un día di a luz. ¿Sabes? El hijo de Teseo ya tiene treinta y dos años.

11. Orador romano, amigo y consejero de Marco Aurelio y yerno de Marco Cornelio Frontón, preceptor y amigo también del emperador.

En otra época pensé que qué más daba que existiese un hijo mío del que había intentado deshacerme, pero el tiempo me ha demostrado que mi padre tenía razón cuando me deseó que los dioses me fueran propicios, que necesitaría su protección, porque ahora, aunque no le conozco, le temo, ha conseguido que le tenga miedo. Teseo se sentiría satisfecho de ello.

Este engendro, al que aún no he podido conocer personalmente, está totalmente decidido a acabar con la estirpe legítima de los Minicio. Pero no quiere hacerlo enseguida —habría podido deshacerse de mí o de mi hijo, ¿piensa en los años que han pasado!—, porque parte de su objetivo es hacernos vivir con inquietud, en una constante incertidumbre. No hay año en que, durante los días previos a mi aniversario, esté donde esté, no me llegue un oscillum roto. He estado atenta y vigilante, ya lo sabes, porque te lo he dicho otras veces, pero nunca he podido pillar a quien me lo trae, por no hablar de quien ordena que me lo envíen.

Ahora que lo pienso, cuando te hablaba de mandar hacer una copia de los pensamientos de Marco Aurelio, dudo sobre cómo hacerlo, porque en papyrus podría guardar sus escritos enrollados en una preciosa cista¹² de calidad que encargaría ex profeso. Pero me gusta la idea del códice, y por ello es mejor que opte por pergamenae. ¿Qué te parece? ¿Qué me aconsejas? Me gustaría saber tu opinión.

Y retomando la cuestión que me quita la vida y, al mismo tiempo, la impulsa, Lucio, hasta ahora, no había hecho caso de mis recomendaciones y advertencias; de hecho, ha vivido como si no fuera con él. «¡Qué miedosa te has vuelto, madre!», me ha contestado cada vez que le he aconsejado que vigilara, que había quien conspiraba para destruir a nuestra familia. No me hacía caso, y lo entiendo. Primero, porque cuando eres joven te crees

12. Tipo de cofre, caja.

capaz de comerte el mundo. Y luego, porque una amenaza, unas palabras proféticas y malintencionadas, racionalmente, no deben darte miedo. Ya te dije que se lo conté todo, porque no quería que hubiera ningún malentendido entre nosotros. Cuando callé para intentar proteger a mi padre con mi silencio, solo conseguí su desprecio. Pero de un tiempo a esta parte he notado un pequeño cambio. Lucio me escucha, incluso hablamos de ello, aunque tiene un carácter reservado. Y si ahora lo hace creo que es porque espera un hijo de su mujer, Lavinia, y eso le hace ver el mundo de otra manera. Esta, la de que voy a ser abuela, es una feliz noticia.

En cuanto al asunto de que el hijo de Teseo empeña mi vida, cuento con el apoyo de Lucio Cecilio Optato. ¿Te acuerdas de él, Cornelio? Sí, hablo del centurión que se retiró en Barcino. Ahora, nuestra relación es más de amistad que de amantes, nos hacemos mayores, pero todavía tenemos algún encuentro amoroso lleno de complicidad.

Cecilio (no le llamo Lucio porque asocio demasiado ese nombre a mi padre y a mi hijo) cree haber encontrado una pista después de tantas búsquedas infructuosas. Pero me gustaría contarte todo esto personalmente. Tengo muchas ganas de verte. Iría a Roma con mucho gusto, bien lo sabes, pero me retiene, ya sabes qué me retiene, aparte de que voy a ser abuela. A ver si puedes venir pronto, te echo de menos.

Ya sé que los viajes te dejan agotado, pero aquí podrás recuperarte durante todo el tiempo que quieras. Naciste aquí, Cornelio, Barcino es tu hogar. Aunque ya eras un adulto, mi padre siempre hablaba de ti como el pequeño Cornelio. Y conocerías a mi nieto, porque para cuando vengas ya habrá nacido. Ser abuela me llena de ilusión. Mucha. Pero ya te puedes imaginar también lo que sufro. No sé cuántas veces al día le ruego a Juno para que preserve a mi nuera de cualquier infortunio. Y la de

sacrificios que ya he ofrecido y los que ofreceré en el templo de Augusto.

Vamos, ánimo, ven a Barcino. Y juntos homenajearemos a los seres queridos que ya no están.

«¿Cuántos de los que vinieron al mundo se han ido ya?», como decía Marco Aurelio.¹³ Vale.¹⁴

Minicia

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

13. *Meditaciones*, Libro VI, 56.

14. Despedida frecuente en las cartas. Del verbo *valeo*, significaría algo así como «cúdate».